

**LOS HIJOS SUICIDAS
DE GABRIELA MISTRAL**

ANTOLOGÍA POÉTICA
DE ESCRITORES JÓVENES DEL VALLE DE ELQUI

LEONIDAS LAMM
(ANTOLOGADOR)

PRESENTACIÓN

Por Leonidas Lamm
Universidad de Viadrina
Frankfurt (Oder)

I

Desde mi equívoca posición como académico, me sitúo en este tambaleante pedestal y predico, invento cánones, escribo artículos y muero de a poco. Mi objeto de estudio es la poesía y el lugar de los poetas en la enmarañada red de relaciones de nuestras bestiales sociedades. Pero mi aporte, mi aporte como ser humano desde este lugar al que he llegado para bien o para mal, me parece escaso, absurdo, en la mayoría de los casos inútil.

Es por eso que hago de este libro el lugar de mi tímida pero contundente rebelión.

Mi trabajo como investigador tiene alcances absolutamente limitados, mi comunicación con el mundo así, tiene una eficacia ridícula: artículos en revistas indexadas que solo leen especialistas, una que otra charla con estudiantes apáticos, ponencias escuchadas por colegas ambiciosos y petulantes. Son estas las razones por las que busco y prefiero que esta antología se perciba como una operación de producción textual literaria y no solo como el fruto de una labor investigativa. Y esto porque, quizás algo ingenuamente, sigo pensando que el impacto comunicativo de la literatura es exponencialmente mayor que el académico. En algunas ocasiones –y esta no es la excepción- un ejercicio como el que están a punto de abordar, no es nada más que un grito desesperado por visibilizar, no tanto a los

autores, como al responsable de la recopilación y selección, quien busca una colocación dentro del nicho crítico del campo literario en el que desea moverse. Pero yo me siento en la obligación de ir un poco más allá y espero que se vea a esta antología no solo como una maniobra de rescate, una visualización sesgada o una galería siempre fragmentaria de autores que cuentan con la arbitrario favor de un crítico, sino más bien como un ejercicio estético y ficcional. Por lo demás no me parece que haya muchas dificultades para justificar esto último: una antología pareciera ser siempre un producto bastante artificial, una especie de pastiche o de collage, siempre con demasiados vacíos, intencionados o no.¹

Yo nací en el Valle de Elqui, como estos jóvenes poetas. Y gustoso hubiese caído en el juego del antologador autoantologado, si no me lo impidiese

la vergüenza de ser ya un viejo poeta de 60 años – pero peor aún- un viejo poeta de 60 años sin ningún poema a su haber. Sin embargo, he aquí que me las arreglo para ser el más importante de los autores que componen este libro. Esta es la médula de la presente ficcionalización (porque toda antología es una ficcionalización, una puesta en escena, un mundo posible²), y -partiendo desde su título- me hago totalmente responsable de los resultados de esta estratagema. He sido yo quien ha forzado una interpretación apriorística sobre los poemas seleccionados, y nadie más que yo ha encasillado a estos escritores en un grupo que perfectamente podría no tener centro ni márgenes ni unidad, aparte de la de convocar a escritores menores de 35 años nacidos por azar en un apenas poblado recodo de nuestro país. Alguno de ustedes podrá decir legítimamente: de Gabriela Mistral acá no hay nada,

en realidad hay solo un suicida verdadero entre todos ellos, es todo una gran faramalla. Y yo mismo podría dar varios argumentos apoyando esas hipótesis. Sin embargo, me los reservaré con el legítimo derecho que me da la fe en lo que hago. Pero también –no está de más decirlo- pues creo firmemente en que todos ellos son hijos de Mistral, dentro de un panorama cultural que tiende cada vez más a malversar el influjo de sus ideas y de su producción estética³; como porque sin duda es perentorio reconocer que la poesía de nuestras provincias cada vez visitan menos el centro⁴ y que era fundamental salvar estas jóvenes voces de las sombras de su exterminio.

II

Gabriela Mistral es sin duda un referente ineludible dentro de la historia cultural de nuestro

país⁵. Tanto su figura canonizada como santa-madre-maestra, así como las nuevas y polémicas posturas relacionadas con su vida sexual⁶, debieran servirnos no tanto para configurar una imagen acertada de esta poeta, como para observar la forma en la que se trabajan ciertas imágenes oficiales dentro de nuestro país, revelando así procesos culturales que vivimos como sociedad y las formas en las que conservamos o enfrentamos a nuestros íconos⁷.

Desde los cientos de establecimientos educacionales que llevan su nombre, pasando por su rostro en los billetes de cinco mil pesos, las marcas de bebidas alcohólicas, cuadernos y útiles escolares que se cuelgan de su prestigio para lucrar, hasta llegar a sus poemas infantiles antologados en casi todos los libros de instrucción primaria o los infaltables centros culturales y clubes literarios provincianos que llevan su nombre, la figura de Gabriela Mistral se

convierte en paradigma al momento de analizar el destino de la imagen del intelectual exitosos chileno⁸. Asombra lo fácil que es manipular la estampa de cualquier prócer con cierto renombre dentro de la población, ya sea para obtener beneficios económicos con marcas comerciales, o para echar mano de su figura cuando ya no problematiza políticamente a los gobiernos de turno. Es lo que sucedió precisamente durante la dictadura militar chilena, la que dio énfasis a Gabriela Mistral, convirtiéndola en papel moneda y carne de estatua, en parte para invisibilizar la molesta presencia de Pablo Neruda⁹, otro referente obligado dentro de nuestra cultura, cuyas manifiestas inclinaciones políticas e ideológicas eran una piedra en el zapato para un régimen derechista carente de figuras públicas culturales que contrastaran en peso con el

grueso de las ideas contenidas en los textos literarios del Premio Nobel de 1971.

Se ocultó sutilmente entonces que Gabriela Mistral había apoyado al Frente Popular que llegó al Gobierno en 1938, que defendió a Sandino frente las Naciones Unidas, que buscó infatigablemente propiciar una reforma agraria en nuestro país, que advirtió a la gente en Latinoamérica sobre la venta de sus recursos a naciones extranjeras, que estuvo siempre del lado de obreros, campesinos e indígenas, y que por último desarrolló sostenidamente una postura radicalmente antimilitar.¹⁰

La manipulación de su imagen contó con el apoyo de la pereza crítica de las grandes masas de nuestro país, favorecida y alimentada por supuesto por un gobierno que prefería el analfabetismo y la precariedad intelectual de los sectores más

desposeídos, que su desarrollo como masa pensante y verdaderamente constructiva. Fomentó de esta forma su necesidad de santones, santos y héroes deportivos de los que enorgullecerse, convirtiéndola así en figura equiparable a Miguel Ángel Poblete y la virgen de Villa Alemana, Sor Teresita de los Andes, Martín Vargas o Hans Gil de Maister, todos ellos figuras que en distintos ámbitos servían para desviar la atención de las atrocidades y coerciones físicas e intelectuales forjadas durante el gobierno militar¹¹.

Los huesos, la carne y el espíritu de la connotada intelectual chilena se revolcaron y retorcieron en su emperifollada tumba de Monte Grande, pues en realidad el conocimiento de su obra intelectual disminuía de forma inversamente proporcional al incremento de sus estatuas de yeso y bronce a lo largo de nuestro país.

¿No parece natural hoy entonces que vuelva a darse énfasis a la oculta vida sexual de la poeta o a otro tipo de escabrosas especulaciones en torno a distintos aspectos de su vida? Lo que se busca atacar y desvirtuar ahí no es necesariamente a Gabriela Mistral, sino a la imagen oficial de esta escritora, imagen moldeada por embaucadores culturales con fines propagandísticos, quienes manipularon el contenido de sus obras y los éxitos de su vida para conseguir oscuros fines que en nada guardan relación con las verdaderas intenciones de esta poeta.

En ese sentido, los hijos de la dictadura y de los remanentes de este régimen que se mantienen incluso hasta hoy, son muchos. Demasiados en realidad.

Los hijos de Gabriela Mistral, en cambio, son muy pocos.

Los poetas antologados en esta ocasión pueden calificarse así, no obstante haber nacido todos ellos durante el gobierno militar de este país. De esta forma, a pesar de ser en tantos sentidos hijos legítimos de la poeta chilena, lo son también de los militares y del neoliberalismo. Parece, sin embargo, prevalecer el reconocimiento de la madre artista y el malestar y la reacción ante el padre militar o ejecutivo.

Y no es que su poesía se politice o rezume ideología. Pero sí se advierte en la mayoría de los casos, si no una influencia directa de esta mujer, por lo menos un reconocimiento ante su obra y el abordaje de temas similares: la naturaleza, la religiosidad, el campesinado, el indigenismo.

Nadie debiese dudar entonces que el influjo de la elquina sobre su labor artística e intelectual es

poderoso. Incubó en ellos una pertinaz búsqueda de independencia en el pensamiento, pero además – indirectamente- una nueva visión del papel del artista en nuestra sociedad. Es necesario destacar que esta visión surge en parte como reacción a lo que le han hecho a la figura de Gabriela Mistral, al servicio que ésta le presta involuntariamente a empresas y gobiernos; aunque también nace del rechazo que estos jóvenes poetas sienten ante el tipo de artista en la que ella misma buscó convertirse: esa mezcla de profeta y poeta redentora del dolor humano que la llevó a automitificarse, a coquetear con la política y a manejarse ladinamente en el espinoso campo cultural de su época.

Porque Gabriela Mistral pertenece a un tipo especial de artistas que toman en sus manos la representación lírico-mimética de Chile y Latinoamérica, convirtiéndose en suertes de

directores morales y políticos, consejeros espirituales de una etapa de la configuración de nuestras identidades nacionales que a su vez moldea sus poesías ya sea para bien o para mal. Una figura de intelectual que sin ser complaciente, sigue ciertas reglas con el fin de convertirse en una especie de guía de los pueblos a los que cree representar. Pablo Neruda y Pablo de Rokha son también parte de estas filas. Su prestigio, así –sea cual sea el destino de sus obras- se sustenta en parte en estas características¹².

Pero creemos que este tipo de intelectual se encuentra en franca desaparición, siendo tal vez Raúl Zurita su último exponente en Chile, poeta que continúa hasta cierto punto la línea mesiánica de los poetas recién mencionados¹³.

Los poetas incorporados a esta antología, sin embargo, oscilan entre la aceptación y el rechazo de estos referentes y de este modo particular de poetizar

la realidad. El nombre de esta recopilación de jóvenes escritores elquinos surge parcialmente de estas características.

De esta forma, siendo todos ellos hijos espirituales de la poeta, son también suicidas, agregándose así a la lista de personajes que, guardando una estrecha relación con la escritora, por distintas razones optaron por su autoexterminio. Ya sea porque en realidad decidieron quitarse la vida como es el caso de Alfonso Pinto, o bien porque lo hicieron literariamente, negando la validez de su ejercicio poético, renunciando a la poesía como vehículo legítimo y operativo de la comunicación humana. Este último es el caso de Fernando Navarro Geisse y Pedro Álvarez. Juan Miguel Godoy, por su parte, coincide onomásticamente con uno de los suicidas más importantes en la vida de Gabriela Mistral, su hijo adoptivo Yin Yin, aunque

curiosamente es el menos reacio ante las posibilidades de legitimar la importancia del ejercicio poético en nuestros días. El protagonista de su único libro publicado es por lo demás también un suicida, por lo que su trabajo se adhiere muy bien al título e intención de la presente antología.¹⁴

III

Comentemos brevemente la obra de cada uno de los integrantes de esta díscola y autodestructiva prole.

El único libro de poemas publicado por Juan Miguel Godoy (1974), tiene como protagonista a un Arcángel San Miguel que decide saltar por la borda de un barco ballenero después de vivir las miserias de un mundo agonizante, que así mismo parece buscar su propio exterminio. El tema del suicidio, por lo tanto, corona el único de sus textos publicados.

La religiosidad, la naturaleza y los conflictos sociales, todos temas afines a la obra de Gabriela Mistral, se desarrollan en estos textos poéticos mediante la configuración de una visión de mundo cuya desolación emerge en cada texto

y no parece cesar sino hacia el final del poemario. Las bases epistemológicas y cosmogónicas del universo aparecen derruidas y la fe en el futuro del hombre es apenas visible, aunque no deja de entregar resquicios de una posible reconstitución. Consultado sobre sus posibles afinidades con la poetiza, este joven escritor dice tenerla como uno de sus referentes más importantes, aunque no oculta su deseo de desmarcarse de su figura: «lo considero absolutamente necesario para alcanzar mi propia voz. No puedo negar que la he leído con atención y que sus planteamientos me parecen admirables, sin embargo quiero desarrollar otro tipo de trabajo. Debo

confesar además que mi talento no alcanza la finosquedad musical de sus poemas y que posiblemente nunca llegue a tener la resonancia de su fama; me da igual, quiero arrimarme a algunos de sus más vibrantes consejos en torno al arte y la belleza: no hay que venderse en ferias, la honestidad da fuerza y pureza a la poesía».

Fernando Navarro Geisse (1976), a quién esta antología debe mucho pues fue fundamental en la recopilación de algunos de los textos que la componen, forma parte también de los jóvenes suicidas que integran esta recopilación. Su autoexterminio afortunadamente es solamente literario, pues luego de publicar dos libros de poemas (*Visiones de incubos* de 2003 y *Los habitantes del fuego* de 2005), ha renunciado a su labor por razones que deja claras en la poética que acompaña a sus textos. De acuerdo a sus planteamientos, incapaz de

solucionar la dicotomía autor/sujeto enunciador, reniega de su papel artístico en un contradictorio gesto mediante el cual condena a muerte a la poesía, aunque continúa con sus labores como investigador literario, estudiando sobre todo a poetas. Los libros acá antologados, muestran sus intentos por crear una galería de personajes que no dejen duda de la diferencia entre el sujeto enunciador y el sujeto productor. El «Yo es otro» de Rimbaud no pareció suficiente a Navarro y finalmente sintiéndose incapaz de solucionar sus contradicciones internas ha decidido dejar de escribir literatura. «Lo mío parece el revés de una esquizofrenia: no acierto a permitir la fusión de ficción y realidad, por eso no puedo moverme con soltura como autor entre autores ni como hablante entre autores, ni como hablante entre hablantes. No me decido por la antipoesía, que podría ajustar una voz más acorde

al tono irónico de nuestros días, pero tampoco puedo desarrollar una expresión que no sea sublimadora, megalomaniaca, totalizante. En este laberinto de inseguridades, mi poesía se ha vuelto anticuada, murió de hambre y yo reniego de ella cobardemente».

Alfonso Pinto (1977-2006) acabó sus días voluntariamente, autoinfiéndose un balazo en la boca. El pavoroso libro que dejara escrito, aunque sin publicar, llegó a mis manos gracias a las gestiones de Fernando Navarro Geisse, investigador y amigo de Alfonso, quien tuvo la oportunidad de hacerse de una copia del texto titulado *El silencio/El infierno* semanas antes de que Pinto se quitara la vida. Los poemas aquí transcritos forman parte de un libro que sostiene el tono y el estilo en todas sus páginas. Su estructura original incluye seis partes constituidas por seis poemas cada una, cada uno de los cuales – mediante una compleja estructura, monótona y

reiterativa- integra seis voces lírico narrativas distintas, en general de asesinos, sicópatas, mutilados, drogadictos, dictadores y una larga serie de otros atormentados. El número 666 así da arquitectura numérica a una percepción de la naturaleza humana que sin duda fue parte de las razones que el escritor tuviera para quitarse la vida. «Ya no puedo soportar todo el miedo y la sangre que me rodea / Sin temor a que una existencia más nauseabunda que ésta me espere al otro lado / salgo de este mundo horrendo que solo me ha dado humillaciones y que no cesa de golpear a los más débiles y a los más frágiles». Estremecedoras palabras como aquellas fueron escritas por Alfonso en la carta de despedida que dejara a sus familiares, algunos de cuyos fragmentos se utilizaron como esbozo de las ideas poéticas que dan origen a sus textos. Sus parientes cercanos autorizaron su publicación en

parte debido a la temprana vocación literaria desarrollada por Alfonso, y a la alta estima que tuviera durante mucho tiempo sobre el papel de la literatura como una posibilidad de mejorar las condiciones de vida de los seres humanos. Esa convicción, sin embargo, parece haber desaparecido al final de sus días. «Cuanto quisiera haber escrito un libro menos amargo / Toda la sangre allí derramada no me dio alivio / todo lo contrario / No puedo hacer la promesa de dar consuelo a los hombres / yo mismo fui incapaz de encontrarlo / Las personas que aún ven dulzura en la vida me perdonen este gesto atroz» dice en ellas, parafraseando claramente el voto que Gabriela Mistral hiciera al final de *Desolación*.

Finalmente, Pedro Álvarez (1982), el más joven de los autores acá recogidos, retoma en sus textos otro tema mistraliano: los indígenas de Latinoamérica, específicamente a aquellos que

supuestamente son los ancestros de la poeta, los hoy conocidos como «diaguitas chilenos» (denominación absolutamente errónea para calificar a los antiguos habitantes de Elqui, según la opinión de este joven estudiante de antropología). Álvarez utiliza así lo que él llama el «armazón poético» para denunciar una situación para él intolerable: la total desidia de la gente de su tierra y de este país en general, ante una tragedia que debería conmovernos a todos: el genocidio y etnocidio vivido por una comunidad humana cuyos logros espirituales y materiales se destruyeron en sucesivas ocasiones, eliminando de forma casi absoluta un pueblo cuyas finas elaboraciones culturales deberían ser el orgullo y la admiración de los chilenos. Quizás sin saberlo, en sus poemas dialoga con una tradición poética que quiere hacerse cargo de este tipo de situaciones y dentro de la cual tienen cabida nuestros dos premios

Nobel. Álvarez, sin embargo, dice haber utilizado este formato ingenuamente debido al alto prestigio que creía ver en la poesía dentro de nuestras sociedades, utilizando así «versos que no son en realidad versos y estrofas que en realidad no son estrofas», convencido que de esa forma iba a llamar la atención de la gente. «Esto no es poesía», se lee en la nota introductoria de su libro «Requiem para un pueblo sin nombre», «Estos son gritos, gritos escritos ante el horrible espectáculo de miles de personas cuyas muertes nadie ha sabido o se ha atrevido a gritar antes». Su texto sin embargo, pasó inadvertido dentro de nuestra comunidad y apenas sí fue recogido por Iván Carrasco y Claudia Rodríguez en sus trabajos sobre etnoliteratura¹⁵. Exageradamente conmovido por las opiniones de los mencionados investigadores literarios, cuyos enunciados Álvarez interpretó –erróneamente a

nuestro juicio- como negativos, este joven elquino también ha terminado sus coqueteos con la poesía y se encuentra ahora buscando nuevos medios de expresión, convencido ya de que «en este país y en este mundo, la poesía ya no es la voz de ninguna tribu».

Todos estos escritores, conocidos entre sí, han desarrollado independientemente obras que no han tenido mayor visibilidad dentro de la poesía joven de nuestro país. Esto se debe en parte a su reticencia frente a lo que podríamos llamar es el campo cultural chileno, a cierta visión degradada del papel del poeta hoy, de su casi generalizada desconfianza ante el poder de representación del mundo a través de la poesía en nuestros tiempos. Su presencia en esta antología, a pesar de sus recriminaciones, quiere dar cuenta precisamente de lo contrario: la poesía todavía tiene algo que decir, aún se gana el respeto

de individuos y comunidades, y sigue brotando incluso en los rincones más recónditos de nuestra geografía. En este caso –quiéranlo o no este puñado de poetas- bajo la sombra de Gabriela Mistral y de tantos otros autores quienes mediante la calidad de su escritura, de su prestigio intelectual y del brillo con el que han encendido sus hogueras, han hecho de la poesía en este país un ejercicio estético cultivado por miles de personas. Aunque esto moleste a una gran minoría de pretenciosos feligreses de las elites, es un fenómeno casi indesmentible que no debiese dejar de fomentarse, precisamente para que la poesía conserve su validez como vehículo de la sensibilidad humana.

Más antecedentes complementarios a este estudio introductorio, se encontrarán junto a los textos de cada uno de ellos, en las breves reseñas biográficas que los acompañan, así como en las

poéticas que los autores realizaron, ya sea a petición mía o bien rescatadas de archivos personales que sus familias pusieron gentilmente a nuestro alcance durante el transcurso de esta investigación.

IV

Finalizo este estudio agradeciendo a la Universidad de Viadrina, Frankfurt (Oder), quienes mediante sus continuos financiamientos permitieron el desarrollo de esta investigación, cuyo inicio tuvo lugar durante estos últimos años de mi exilio y autoexilio en aquella ciudad. Una reseña más completa del proceso y metodología de esta investigación pueden encontrarse en el artículo titulado «Die Selbismord-Söhne von Gabriela Mistral: Jugendgedichte aus dem Elqui Tal» contenido en la revista *Komala* N° 2 del año 2007, dependiente del

Ibero-Amerikanisches Institut de la mencionada universidad.

Agradecimientos especiales también debo a Fernando Navarro Geisse, quien, durante la investigación que es la base de esta antología, me contactó con los autores y propició una fluida recopilación de sus textos y opiniones. Es gracias a sus gestiones que este esfuerzo ha dado sus frutos a pesar de las insalvables y odiosas distancias físicas y morales que me separan de mi tierra.

NOTAS

¹ Cfrs. Heredia, Hector. «Antología de antologías» p.37 – 54, en *El campo de la crítica*, (Colombia: Ed. Filócratas, 2001).

² Sobre la problemática de la ficción en el ejercicio antologador véase Mario Verdugo *Realidades ficticias / Ficciones reales: la lectura aberrante como salvoconducto* (Caracas: Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 1999).

³ Sobre el tema véase *Todos contra Gabriela*, varios autores. (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2003).

⁴ Véase M. Rivas *La provincia como espacio degradado: las cifras*. (Copiapó: Ed. Universidad de Tarapacá, 2004).

⁵ Sobre los procesos de canonización de Gabriela Mistral véase Román Gris *Todas íbamos a ser canon* (Santiago de Chile: Ed. Panóptico, 2001) y Hans Eissman «Gabriela Mistral que estás en el Canon» en *Teología y Vida* Vol. LXIII N° 1-2 (2001) p 87 – 101.

⁶ Véase Esteban Escarpa y Ricardo Montes *Gabriela habla de sexo* (México: Ed. Vulva, 2002)

⁷ Véase D. Harvey *Latinoamerican Icon* (Oxford: Basil Blackwell, 1999) pp 27 – 54.

⁸ El tema ha sido tratado con contundencia por Ignacio Díaz en *Gabriela Mistral Marca Registrada* (Santiago de Chile: Ed. Fuego, 2003).

⁹ Una completa síntesis del asunto realiza Daniel Tapia en «Mejor la vieja que el guatón: políticas culturales de la dictadura chilena» en *Nueva sociedad*, N° 202 pp. 37-50.

¹⁰ Véase R. Rojas «Era de izquierda» en *Sociedad, política e ideología mistraliana*, varios autores (México: UNAM, 2000)

¹¹ Véase Daniel Tapia *op. cit.* pp.42-44.

¹² Véase Camilo Peña *De Rokha, Mistral, Neruda. Mesianismo y demagogía: El poeta como santón*. (Santiago de Chile: Ed. Arde, 2002).

¹³ *Ibidem*, pp. 301-317.

¹⁴ Sobre el tema del suicidio y la literatura ver *La sibila dijo: quiero morir*. Varios autores (Barcelona: Herder Editorial, 1998).

¹⁵ Iván Carrasco y Claudia Rodríguez «Etnoliteratura en el contexto de la postmodernidad», *Revista de estudios latinoamericanos* N° 3 (2004) pp. 27-45.

BIBLIOGRAFÍA

- Carrasco Iván y Claudia Rodríguez, «Etnoliteratura en el contexto de la postmodernidad», en *Revista de estudios latinoamericanos* N° 3 (2004) pp. 27-45
- Díaz Ignacio, *Gabriela Mistral Marca Registrada*. Santiago de Chile: Ed. Fuego, 2003.
- Eissman Hans, «Gabriela Mistral que estás en el Canon» en *Teología y Vida* Vol. LXIII N° 1-2 (2001) p 87 – 101.
- Escarpa Esteban y Ricardo Montes, *Gabriela habla de sexo*. México: Ed. Vulva, 2002.
- Heredia Hector, «Antología de antologías» p.37 – 54, en *El campo de la crítica*. Colombia: Ed. Filócratas. 2001.
- Gris Román, *Todas íbamos a ser canon*. Santiago de Chile: Ed. Panóptico, 2001.
- Harvey D., *Latinoamerican Icon*, Oxford: Basil Blackwell, 1999. pp 27 – 54.
- *La sibila dijo: quiero morir*. Varios autores, Barcelona: Herder Editorial, 1998.
- Rivas M., *La provincia como espacio degradado: las cifras*. Copiapó: Ed. Universidad de Tarapacá, 2004.
- Rojas R., «Era de izquierda» en *Sociedad, política e ideología mistraliana*, varios autores. México: UNAM, 2000.

- Tapia Daniel, «Mejor la vieja que el guatón: políticas culturales de la dictadura chilena» en *Nueva sociedad*, N° 202 pp. 37-50.
- *Todos contra Gabriela*, varios autores. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2003.
- Verdugo Mario, *Realidades ficticias / Ficciones reales: la lectura aberrante como salvoconducto*. Caracas: Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 1999.

JUAN MIGUEL GODOY

Nace en Varillar, Valle de Elqui, en 1974. A los 17 años huye de su hogar y viaja a lo largo del país ejerciendo múltiples trabajos. Cinco años más tarde, de vuelta en casa, termina su educación media en el Liceo C-5 de Vicuña, asistiendo a su programa nocturno de nivelación. Posteriormente estudia pedagogía en Castellano en la Universidad de Santiago, pero se retira después de dos años para volver a recorrer el país y parte de Sudamérica. Después de ocho años vuelve al Valle de Elqui, instalándose en la pequeña localidad de San Isidro donde vive actualmente desempeñándose como administrador agrícola. El año 2004 gana el Tercer Premio del Primer Concurso de Poesía Eduardo Anguita de la I. Municipalidad de Linares, con su poemario «Miguel tocando fondo» que publica con el dinero del certamen.

POÉTICA

Creo que la forma en que hago y disfruto de la poesía podría parecer anticuada para algunos. Principalmente porque permanece en mí cierta tendencia a la sacralización: mis poemas siempre han manifestado mi búsqueda e indagación de lo que yo llamaría «la divinidad», que es algo que no considero alejado, sino muy cercano y profundamente arraigado en todas las cosas, incluyéndonos a nosotros mismos. Lo sagrado sigue entre nosotros, aunque quizás se nos presente como algo desgastado y tortuoso; eso no es más que ilusión: los santos de imaginería están descascarados, pero Dios está vivo. Y si bien visita algunos templos, yo no creo que viva en ellos. Creo que no es tarde para convencernos de que en realidad habita en nuestras casas, en las calles, en los parques,

en valles, desiertos y selvas. Aunque hoy por hoy no podamos acercarnos a Él, por lo menos no con los métodos de nuestra cultura. Pienso a veces que en la poesía queda algo de esas antiguas conexiones entre el hombre y el espíritu del que ha brotado. Aunque no niego que sea muchas más cosas también. En mi caso, me gusta creer que la poesía debe reivindicar al hombre, debe hablar por él, protegerlo, despertarlo de su aturdimiento, devolver los antiguos vínculos que lo unen a todas las cosas. Son tiempos oscuros estos, para el hombre, para la tierra y para aquello que solíamos llamar Dios. También para la poesía. Sin embargo yo creo que el hombre, la tierra y Dios son indestructibles, como la materia, como la energía, como el espíritu. Como la poesía. No hay que tener miedo, no hay nada de qué temer. De eso se trata lo que escribo.

De ***Miguel tocando fondo***

Editorial Pájaros, 2005.

1.

Desde el tiempo en que el tiempo no era tiempo sino una masa informe donde estábamos todos, ángeles y hombres, demonios y luciérnagas, la luz y lo oscuro dando vueltas en la semilla que era dios antes de que dios naciera, antes de que dios muriera San Miguel sabía que algún día tocaría fondo.

2.

Ese día ha llegado.

Ahora, después de los degollamientos y las masacres, después de ver glaciares corroídos por azogue y muerte, selvas aullando fuego y crepitaciones negras,

después de empaparse en cuajarones y tripas
de cientos de ballenas desparramadas sobre la
cubierta

Miguel ha saltado por la borda y
viaja hacia el fondo
viaja hacia el fondo
viaja hacia el fondo
acercándose suavemente a la penumbra.

5.

...míralos llegar entre los cables, más allá de las
cornisas y el óxido de los techos, entre ramas y
faroles, atravesando nubes, esquivando los cuernos
de la luna, letreros luminosos, zepelines, mamá qué
son, porqué caen apurados, quién los está lanzando,
no sé hijo, pero allí vienen, son huérfanos celestes,
perros abandonados, sombras cansadas, hundidas,
realmente hastiadas de sus nubes tóxicas, aburridos
de sus aureolas, desbocados en un vértigo de alas;
miles y millones de serafines y potestades, ángeles y
arcángeles cayendo a la tierra, desesperados,

despavoridos, arruinados: Rafael, Miguel, Gabriel y los
demás, todos arrancan de las volutas verdes de sus cirros
infectados, de esos odiosos nimbos, de sus cúmulos
enfermos, porque el Cielo está podrido, está podrido,
podrido...

6.

...allí vienen, míralos como sangran sus peludas rodillas,
reventando entre espumas y rayos, removiendo el azufre,
bailando enloquecidos entre huesos y cartílagos, entre
fósiles y petróleo, magma y sepulturas, ya llegan, rompen
el asfalto, se abren paso entre baldosas, rasguñan
escaleras, aparecen en sótanos, por los desagües y cloacas,
subterráneos y bodegas, polvorientos y húmedos, con
chaquetas a cuadros, gruesos nudos de corbata, belfos
estirados, qué ridículas sus patas y esos cachos mamá
¡pobres diablos! descorazonados, lloriqueando con
vergüenza, míralos mami, están taimados, más taimados
que nunca hijo: Belial, Mastema, Samael, Semyaza, Satán,
Lucifer y todos los demás, arrancando como ratas
brillantes y encendidas, escapando del naufragio y del

tedio, de esa humareda inútil y muerta, porque la fiesta se acabó y el Infierno está podrido, también está podrido, está podrido...

9.

Astrosos chaquetones
roídos por las blandas fauces del gusano.

Barbas desgarradas,
mechas encendidas,
sangre seca,
manos sucias,
ojos rotos.

Flores de andrajos,
rabiosas amapolas
delirando
entre harapos coloreados.

Cuernos torcidos y romos,
aureolas turbias y pastosas.

Desgarrados,
perdidos,
farfullantes.
Riendo,
llorando,
bailando,
tomando,
tomando,
sobre todo tomando.

Posados sobre bancas, escaleras y dinteles,
fumando de todo lo fumable:
hasta el aturdimiento y la masacre.

Gimiendo canciones aguardentosas
sobre la putrefacción del cielo y del infierno,
sobre el triste cáncer y el pesado cansancio
consumiendo las entrañas de seres divinos
y exhaustos.

10.

Cómo cayeron tan bajo, dirás,
cómo llegaron tan al fondo.
Fue horrible, en verdad horrible.

Llegaron entre chispas y desasosiego
llenando calles y avenidas,
hablando en lenguas,
temblando como recién nacidos
vestidos como jubilados y mirando
todo con ojos perfectamente redondos.

Al inicio eran tristes refugiados,
como perros solos capeando la tristeza en las
esquinas,
nadie los molestaba,
la compasión llenaba los pechos de los buenos
ciudadanos.
«Qué más íbamos a hacer

–se les oía decir, pues hablaban con quien quisiera
oírlos-
Qué más íbamos a hacer, no creíamos en nosotros
mismos,
Dios nos ha abandonado,
no sabemos si está muerto o si se fue o si nunca
estuvo;
qué sentido tenía seguir con ese mal chiste,
lo mejor era abandonar las dependencias»

«Queríamos creer, yo quiero creer y me vine aquí a
la tierra,
todos hablaban de Valdivia,
otros decían Nápoles, Santiago de Chuco,
Bangladesh,
Ocumicho, Huanta y Alcohuaz. A Jerusalén ni
cagando,
allí están todos locos, deschavetados».

Y claro, todo el mundo sabe que en esos lugares
ya habían ángeles, y también demonios,
pero no de a tantos,

pero no de a tantos.

12.

Teníamos miedo. Fue duro, pero tuvimos que hacerlo:

colgaban de postes y faroles, sus tripas chorreaban las veredas,

sus miembros descuartizados a la mitad de nuestra lujuria

eran lamidos por perros de ojos sosos y dientes brillantes.

Fue una matanza de aquellas, no podíamos evitarlo, el que quisiera quedarse que lo hiciera, pero bajo su propio riesgo.

Dinamitamos cuerpos, los torturamos en cuarteles y capillas,

llenamos sus vientres de plomo y los lanzamos al mar

como a perros tiñosos, a mujeres infieles, a negros desobedientes

como a herejes, comunistas, judíos y lisiados.

Aún así seguían llegando,
interminables hordas de náufragos heridos, como ratas suplicantes.

Nada se podía hacer, no ofrecían resistencia,
nos saciamos de su sangre,
fue hora de dejarlos en paz.

Ahora puedes verlos:

ángeles comiendo de la basura

demonios agazapados entre tarros y cartones,

se rascan las rodillas y miran al cielo con los ojos nublados,

hacen fogatas en los callejones

hablando con el aguardiente

hablando con el aguardiente

hablando con el aguardiente

el único amigo que les queda.

15.

Lucifer tiene un puesto burocrático

lamiendo patas llegó a trabajar en el servicio público

pero para eso tuvo que traicionarlos a todos,
ángeles y demonios.
«Yo puedo decirles quiénes son, donde están.
Ya nadie sabe lo que quieren, tal vez no quieran nada.
Pueden ir a buscarlos, vayan, no opondrán
resistencia:
Todos estamos tan cansados de todo
que no sabemos si estamos vivos o muertos.
Todo ha perdido importancia,
nada enciende la lumbre de nuestros espíritus.
Ni orgullo, ni justicia.
Ni soberbia, ni amor.
Todo es igual.
Somos como una luz extinguiéndose.»

«Puedo contarles con detalle y sin vergüenza el
paradero de cada uno
Ninguno de ellos me condenará, nadie va a odiarme:
Los engranajes están gastados,
el eje carcomido
vamos girando hacia el fondo.

Y tengan mucho cuidado
porque cualquiera se da cuenta
que su camino sigue al nuestro.»

«Belial se las da de punk, los fines de semana toca la
guitarra y se emborracha en el bar La Aduana;
Uriel es cuidador de plazas, riega en la mañana y
duerme siesta en una banca;
Rafael vende mariguana y pasta base en Villa Miseria,
en el corazón podrido de Playa Ancha;
Gabriel saca piedras y ripio de los ríos para que otros
hagan parques que nadie va a visitar;
Mastema pasea perros en los barrios altos
y Miguel es marino en un barco ballenero que se pasea
rabioso por los mares del Sur.
Vayan, vayan a buscarlos, es ahí donde están.»

17.

Dicen que terminó por arrojarse por la borda, por
hundirse bajo las olas, lleno de asco. El muy hipócrita.

Hoy nadie lo duda, pasaba los días anestesiado, acorralado por un llanto mudo del que huía con los ojos bien abiertos.

Eso hasta el día blanco en que su pecho se rajó dando curso al hastío como un espantoso río de gusanos negros:

«Porque no vale la pena, no vale la pena, eso es un crimen, hacerlos trizas de esa forma, torturarlos así, lavarse la cara con sus crías destrozadas y su inocencia machacada; ya no doy más, estoy tan cansado de todo esto, nadie debiese acostumbrarse a vivir con la mierda al cuello. Pero ya se ve; he sido la prueba viviente de que todo se vuelve soportable ¡Basta entonces! ¡Basta, basta, basta! Mejor hundirse lentamente, levitar entre las filosas aguas congeladas y sumergirse en eso frío y oscuro, yendo al silencio y a la nada por fin»

Y se lanzó por la borda.

Antes de apagarse, su voz salía entre burbujas y círculos brillantes:

«Mírame muchacho, tócame las yagas, yo aún estoy aquí, aunque ya no doy más. Antes de tocar fondo quisiera decirte que los demonios tienen razón: la tierra es una bestia viva. Pero ustedes, y se los digo a todos en la cara, ustedes son peores que le cáncer: siendo su Madre, su único sustento, el cobijo y la placenta, ustedes la tratan como una perra sarnosa, como a un ángel cesante, como a un demonio extraviado. Niño, tienes que saberlo: el cielo está podrido, el infierno derrumbado, pero todavía queda la tierra, todavía les queda la tierra, no seas tonto como tu padre, escúchame, parece pecado que no besen el piso dando gracias por esta isla a la mitad de la nada, porque la verdad es que estamos solos, solos en todo este universo sin orillas y créeme muchacho, la tierra es lo único que nos va quedando...»

19.

Miguel flota entre las heladas corrientes
dejándose caer para tocar fondo por fin,
después de toda la sangre,
de todo el odio,
de toda la abyección.

Va dejando atrás cardúmenes de peces asustados
desplegándose y contrayéndose
como extrañas flores submarinas que eclosionan
y guardan sus pétalos brillantes.

Más allá, cerca del fondo, todo se vuelve un poco
más hermoso
pues tener los ojos abiertos es igual a tenerlos
cerrados
y la belleza ya no esconde el horror, sino que es
horror,
horror en toda su pureza.

Allí Miguel respira triste y tranquilo
ha llegado a lo más bajo para dormir

anestesiado y muerto,
saciado por la nada.

21.

Miguel siente que su espíritu despierta
nuevamente,
que todo el extravío se vuelve éxtasis, alta locura,
y vuelve a levantarse
y emerge
pues quiere mirar los círculos
el horizonte, la tormenta y la vida cara a cara,
desea elevarse otra vez entre los elementos y
volver a ser uno
con la sortija que nos une a todos con todo,
que nos hace sangre en las palpitantes arterias de
un dios
que no está muerto,
que no está muerto,
que no está muerto,
porque lo habitamos y nos habita
hasta en su más escondido infierno.

**FERNANDO
NAVARRO GEISSE**

Nace en 1976 en la ciudad de Vicuña. Ha realizado estudios académico literarios desde 1997 en la Pontificia Universidad Católica de Chile y la Universidad de Valparaíso. Asistió al taller de la Fundación Neruda en La casa museo La Chascona en 1997 y a otro realizado en la Pontificia Universidad Católica de Chile durante el año 2000 por Raúl Zurita. El año 2002 gana el concurso de poesía de la editorial estudiantil «El espejo de tinta» de la Universidad de Valparaíso, con el que se hizo merecedor de la publicación de su primer poemario titulado *Visiones de incubos* (2003). Durante el 2005 publicó su último libro, que él considera ya «póstumo»: *Los habitantes del fuego*. Actualmente es doctorando en literatura por la Pontificia Universidad

Católica de Valparaíso y se desempeña como profesor de Enseñanza Media en distintos establecimientos educacionales de esa zona.

POÉTICA

Urgido por el profesor Lamm, esbozo estas líneas para opinar sobre mi propia poesía, poesía en la cual ya no me reconozco. Si bien el profesor no está de acuerdo, para mí es claro que esos textos fueron pecados de juventud, es decir, fruto de la impaciencia y de la vergonzosa vanidad que me llevó a permitir que fueran publicados antes de conseguir una convicción real sobre mi propia poesía y la verdadera concreción de una voluntad de estilo que yo tenía, pero que no supe llevar a buen puerto.

Lo mío parece el revés de una esquizofrenia: no acierto a permitir la fusión de ficción y realidad, eso me impide moverme con soltura como autor entre autores ni como hablante entre autores, ni como hablante entre hablantes. No me decido por la antipoesía, que podría ajustar una voz más acorde al tono irónico de nuestros días, pero tampoco pude

desarrollar una expresión que no fuera sublimadora, megalomaniaca, totalizante. En este laberinto de inseguridades, mi poesía se ha vuelto anticuada, murió de hambre y yo reniego de ella cobardemente.

Aprovecho esta ocasión para terminar con todo esto.

Desde muy pequeño tuve choques con la figura del poeta que suele tener el común de la gente. Siendo muy niño me fastidiaron las continuas solicitudes que me hacían con motivo de efemérides en mi colegio para que hiciera poemas alusivos a los más diversos temas. Pasado el tiempo sentí que se me daba un trato especial, que se me miraba raro, que se me aguantaban cosas que a otros no, que algunos se burlaban de mí debido a que era considerado «un artista». Persistí por largo tiempo bajo un constante desasosiego que me hacía sentir entre seducido y asqueado.

En cuanto a mis mismos textos, quizás demasiado tarde me di cuenta de que estaba desarrollando un personaje –un hablante lírico o un

sujeto de la enunciación- ya gastado dentro de nuestra literatura: el poeta redentor, el poeta sublime, el poeta totalizante. Cuando traté de desmarcarme de esas viejas mañas, el tono ya me había quedado y fui víctima de mi propia «voluntad de estilo». Cambiar de piel me fue muy difícil y si bien intenté combatir la grandilocuencia, no obtuve buenos resultados. Probé con una fórmula que creí me libraría de esos defectos. En *Visiones de incubos* escribí un prólogo en el que pretendí dejar en claro que las voces en los poemas eran en realidad voces de personajes que no eran yo. Así pensé se resolvería todo, sin embargo, al tiempo me di cuenta de que no era suficiente. Frente a las innovaciones que observaba a mi alrededor, las experimentaciones con la forma, la autoreflexión, el tono urbano, el ensayo de nuevos lenguajes, sentí que estaba totalmente desubicado, que los verdaderos progresos en la literatura lo estaban haciendo otros y yo me encontraba dándole vueltas a un registro ya completamente agotado.

Volví a persistir bajo el mismo desasosiego que me hacía sentir todavía algo seducido y cada día más asqueado. El 2005 publiqué *Los habitantes del fuego*. En el prólogo intenté ser más claro y directo aún. Aludí al conocido «Yo es otro» y presenté los textos como voces distintas, pertenecientes a diversos personajes. Sin embargo temas como lo religioso y mi fascinación por la figura del profeta se mantuvieron, dando pie a lo que yo más temía, una crítica totalmente adversa que me destruyó públicamente bajo la acusación de pretender ser polifónico siendo en realidad «absoluta y obsoletamente monofónico». Creo que no pude soportarlo y me retiré de la carrera. No he vuelto a escribir desde entonces. Hasta el día de hoy no me gustan mis poemas y siento pudor y vergüenza de haberlos hecho. Si no mediara una gran amistad entre don Leonidas y yo, no hubiese permitido que los publicara nuevamente. Sin embargo, me gustó su propuesta de presentarnos como suicidas, porque siento que es eso lo que soy en términos literarios.

Yo tomé una decisión que para algunos es una cobardía, pero que yo sentí era lo más lógico y lo más saludable que podía hacer para sentirme a gusto. Autoeliminarme, borrarame del mapa, desaparecer.

De ***Visiones de incubos***.

Editorial El Espejo de Tinta, 2003.

Sueños de Agua

¡Dios mío, tengo sed! ¡Dios mío, tengo sed!

A la mitad de este desierto, de estos destellos, de este cuero que cruje entre polvo y guijarros, tengo sed, tengo una sed insoportable.

Yo siempre lo supe, el infierno no está hecho de hogueras ni de relámpagos negros, esos son cuentos de vieja: el infierno está hecho de sed.

Sus delirios son polvo y sed; su fiebre, páramos y sed, grietas y sed, voces y sed, angustia y sed.

Sed y no fuego: sed.

Todo parece un espejismo ahora, todo es difuso y cambiante: nada es verdad, solo esta sed que arde en mis células, que arruga y seca mi corazón. El sol por fin terminará conmigo, crujirá mi cabeza,

se espesará mi sangre y mi paladar se hará polvo, lentamente.

Pero no, de pronto todo es más claro, todo es más claro ahora: vivimos en el engaño, el Sol ha vuelto a engañarnos, nunca tendremos paz, la vida es el gran delirio y...

...y el agua, el agua es la gran madre de este sueño, es la madre de todos los sueños...

Nada es cierto, todo es falso, incluso la misma agua y sus labios y su saciedad. Mentira son sus hebras, falsa su luminosidad, calumnia su memoria entre mares, nieves y despeñaderos.

Nada de lo que ves es cierto, todo es un ardid del agua y el sol para mantenernos embaucados.

Odio las nubes, la germinación, la madera, los silbidos, los umbrales, las enredaderas: todos, todos son asquerosas intrigas que se nutren del agua y del sol.

Hay que aborrecer a la luna si se refleja en los charcos, callar los murmullos de los ríos y las fuentes, hay que aplastar la soberbia del océano ¡No

crean nada! ¡No hay respuestas en las olas! ¡Nada bueno se mece en las corrientes! ¡El agua es nuestra enemiga! ¡Renieguen de su amistad!

Yo lo haré así: voy a renegar de mí, de los latidos y las bestias, del viento que se pasea en medio de la selva, del silencioso rugido del sol ¡del maldito sol que es el culpable de todo! Voy a odiar al universo y voy a renegar de mí mismo hasta que el sueño del agua se pose en mi vigilia y calme mi fatiga. Renegaré de todo hasta que el rocío se pose en mi pelo y me despierte en la madrugada, tendido entre las yerbas, convertido, saciado por fin, seguro de que yo y el sueño del agua somos lo mismo...

Hasta entonces viviré en el infierno, renegando del sol. Y no pediré disculpas por mi desvarío.

De **Los habitantes del fuego**

Altazor Ediciones, 2005.

Los habitantes del fuego

1

El fuego y su espejo lleno de vértigos.

Sus tigres y ciudades
sus dagas y edificios.

Una multitud de rostros
pasea sus ojos afilados frente a las sombras.

El fuego está lleno de habitantes.

Rien a la mitad de su destructora pureza
hambrientos de oxígeno y materia.
Llenan de visiones
a los asombrados hijos del barro.

Buscamos su peligroso amor y su limpio veneno
nos emborrachamos con la danza de sus músculos
azules y amarillos.

Pero no sabemos nada de los habitantes del fuego.

2

«Mirennos.»

«Somos los habitantes del fuego.»

«Somos el tiempo desfigurado
el pan que alimenta a las bestias
a los mendigos
a los insectos preñados de miel.»

3

Ellos saben que hay otros rostros.
Absortos observan nuestras extrañas ceremonias.

Ven muchedumbres en nuestro asomo

en nuestro hambre
en nuestra sed.

Y cantan
buscando fundirse con nosotros.

4

«Somos la luz y la vida»

«Aquel que no venga a nosotros nunca verá
al sol sin avergonzarse»

5

El fuego está lleno de habitantes.

Escuchemos
sus canciones borrachas.
Atravesemos sus sediciosas paredes
sus danzas
sus tormentas.

Seremos recibidos
seremos abrazados.
Disfrutemos
sus violentas sonrisas
sus pupilas,
sus párpados.
Volvamos
intactos.

6

«Aquel que no se vea
brillando
en hogueras
en estrellas
en luciérnagas
en relámpagos
en el sol
nunca será parte de la sangre de la gran
Bestia».

5

El fuego está lleno de habitantes

Besemos
sus labios
palpemos
sus pechos
hundámonos
en ellos
seamos
la misma sangre
el mismo polvo.

Volvamos
intactos.

4

«Somos la luz hecha carne»

«Nuestros cantos
no se extinguirán jamás»

«La muerte
nunca reinará
en nuestras tierras»

3

El hombre ya no busca claridad

Nunca ha sabido creer en los versículos del fuego.

Quizás algún día
volvamos a ver
a todas las ciudades
a todas las tribus
a todas las aldeas
ardiendo
en una misma lengua llena de luz.
Entonces sabremos:
El fuego es uno solo
no hay daño en su acto de amor.

2

«Henos aquí,
nuestros dardos y cuchillos,
nuestros lechos y moradas,
nuestra lujuria,
nuestra paz.»

«Abrimos tajos
para que se derrame el universo»

«El fuego está lleno de habitantes»

«Cada uno de nosotros
quiere fundirse con cada uno de ustedes»

1

El fuego está lleno de habitantes.

Vamos
hacia ellos.

Volvamos
intactos.

ALFONSO PINTO

Nace el año 1977 en Vicuña. Hace sus estudios primarios y secundarios en esa misma ciudad. Su vocación literaria se manifiesta desde muy temprano y desde muy joven publica algunos poemas y artículos en las revistas serenenses Musaraña y Añañuca. El año 1995 se traslada a La Serena, ciudad en la que estudia Comercio en el Instituto Profesional Santo Tomás, gracias al apoyo de su familia materna. Titulado el año 2000, trabaja en Coquimbo en una oficina contable. El año 2006 se quita la vida en esa ciudad, auto infiriéndose un balazo en la boca. Sus familiares gentilmente nos permitieron reproducir parte de su carta de despedida en la que habla de sus motivaciones estéticas y textuales, las que transcribimos a continuación.

POÉTICA

Tengo miedo / Tengo miedo a la muerte /
Tengo miedo al amor del hombre por la muerte /
Tengo miedo del miedo y estoy paralizado / ya no
sé qué hacer / Mi sentimiento de repulsión y fracaso
se me ha vuelto insoportable / El pavoroso
espectáculo que veo y vivo todos los días me acorrala
y me muerde con veneno / Somos una máquina de
desgracia / Ninguno de los consejos dados por los
sabios en la antigüedad y en el presente han podido
salvarnos de nosotros mismos / Nos veo apurados
corriendo hacia el abismo / Y esta ha sido una carrera
que hemos dado desde los orígenes / Estoy cansado
de todo esto / Reniego de mi condición de ser
humano y voy a terminar con mis días lleno de asco
de mí mismo / Pensé que los libros y la literatura me
darían descanso / tal vez algún escape / una salida
/ Pero no / Vi en ellos lo mismo que veo ahora:

horror / Y cada día siento que la belleza no ha sido capaz nunca de ocultar ese horror a pesar de sus afiebrados intentos (...) Mis poemas están llenos de espanto / Deseo que ese espanto perdure cuando yo ya no esté con ustedes / por eso quiero que esas voces aterradas sobrevivan / pues quizás conmuevan a alguien / quizás logren que ese alguien se ponga en el pellejo de aquellos que sufren / que gimen / que duelen de lo que les pasó / de lo que hicieron / del infierno en el que viven / Aunque en realidad ya no creo que algo así sirva para arreglar nada / La poesía no es la solución / No fue mi solución / Cuanto quisiera haber escrito un libro menos amargo / Toda la sangre allí derramada no me dio alivio / todo lo contrario / No puedo hacer la promesa de dar consuelo a los hombres / yo mismo fui incapaz de encontrarlo / Las personas que aún ven dulzura en la vida me perdonen este gesto atroz / Quiero que aquellos que duermen en la miel / despierten al dolor / y valoren más su felicidad / viendo la desesperación de sus hermanos...

Poemas de su texto inédito

El silencio / El infierno

escrito aproximadamente entre el año 2004 y el 2005.

3

¿Qué culpa tienes tú de haber sido violado por tu padre? ¡Que nadie reclame por los golpes! ¡Todos deberíamos recibir golpes! ¿No somos la misma mierda? ¡Deberían echárselos a todos! *yo sentía que hacía frío y que me odiaban y no podía seguir soportando que se burlaran todos los días de mí, así es que me los voy a cagar a todos y ya no voy a sentir este miedo y esta rabia y todos se van a arrepentir y a ver quién se ríe ahora, porque mi abuelo era marino y me llamaba para tocarme y tenía una pistola y con esa les voy a dar y decía que su hijo, que su hijito se llamaba Milenko, y ella era tan hermosa, tan fresca, tan graciosa y nunca supe cuando aprendí a amar como si odiara; ella seguía vendiéndose a los hombres, siempre traía los monos y los jalei, y en el fondo los dos éramos unos cerdos, unos cerdos: le corté las*

piernas para ir a tirarla a ese peladero; al otro día no me acordaba bien si lo había hecho o si había sido un sueño: la pesadilla de despertar debajo del puente y no saber qué había pasado, con esa sensación, con esa terrible sensación en el pecho, porque *no sé porque no podía tener erecciones, no se me paraba, pero me gustaba ver a mi mujer con otro, con un compadre que también me gustaba y con el que habíamos hecho un trato; eso me excitaba, me volvía loco, pero un día supimos que ella nos ponía el gorro, también se metía con el muy hijo de puta del Pinto y entre los dos le dimos, los pillamos en su casa, estaban desnudos, les amarramos las manos, les sacamos la chucha, les quemamos cigarros en el cuerpo y les cortamos la garganta, ¿a cuánto estamos? ¿a qué hora termina esto?, dejen que me vaya, porque mi padre, siendo tan bello como era, era un borracho y estaba loco y llevaba sus amigos a la casa y uno de ellos se metía a mi pieza; eso fue muchas veces y yo no sé porque no podía contarle a nadie, después todos se reían de mí porque era amanerado y yo tenía tantas ganas de llorar, tantas ganas de llorar, cuando antes era: ¡todos al paredón! y los acribillaban a todos esos*

conchadesumadres juntos; y yo no me arrepiento, pienso que lo que hicimos estuvo bien: mucha gente estaba esperando a que lo hiciéramos; después tiramos los cuerpos en bolsas con piedras al mar, porque no neguemos que hay algo oscuro en el hombre, somos así, todos, todos somos bestias y asesinos y es que era la miseria misma y habían tantas moscas, la niña, la niña que era hija mía y de mi mismo padre nunca creció más, era pequeña como un bebé, pero tenía veinticinco años; vivíamos en la nada, no sabía hablar, se hacía en los pantalones y tenía dientes, era como una guagua, pero tenía dientes, se paraba, pero no sabía caminar; la sequía estaba matando a los animales, y al final ya nos daban lo mismo sus berridos, porque en el fondo ¿No da lo mismo el silencio que el infierno?

9

¿Qué culpa tienes tú de haber sido violado por tu padre? Después reclaman que uno les pega ¿Quién no ha recibido golpes? Todos deberíamos recibir golpes ¿No somos la misma

mierda? ¡Deberían rajarlos a todos!, después violada, no sé porqué ni por quién; violada y tratando de no pensar mucho, porque tuve que botar a mi hijo y seis días después ya no pude aguantarme y fui a verlo: entre la basura estaba, con la boca llena de moscas, medio morado y con los ojos hueros, nadie lo había escuchado, nadie y con mi hermano quedamos moto y le pegamos al fome del Jonatan, le pegamos hasta aturdirlo y después no sé porqué le cortamos la nariz y las orejas; no salvaba a nadie el Jonatan, aunque igual nos fuimos en la volá: con una piedra le dimos en todo lo que se llama cara, lo escondimos con cartones, lo hicimos, no sé porqué lo hicimos, pero lo hicimos, lo hicimos *si hasta poemas le escribí, y sí, es cierto, yo mismo maté a mi hermano en el Huasco, a Alcohuaz me fui para que nadie me apuntara con el dedo, y no sé porqué me gustaba que todos me tuvieran miedo, sentía el poder del miedo, pero igual me pusieron una denuncia y vi todo rojo, como si a la niña no le gustara, así es que entré en la noche y después de haberlos matado a todos, lavé el hacha en el río y sentía como furia, fascinación y susto de haber tomado a la guagua y haberle quebrado la cabeza en el suelo* **¿Qué precio tiene la carne hoy?**

Está barata, está barata, porque dicen que en la selva todavía hay esclavos y que hay viejos culiaos que se violan a todas las mujeres y matan a los hombres si se les insolentan, así es que no me digan que yo soy malo, yo no hacía nada que ellas no quisieran, eran niñas chicas, pero eran calientes y harto que les gustaba jalar y hacían cualquier cosa, hasta tomar meado cuando estaban duras y todos sabían que yo tenía como el diablo en el cuerpo, cruzaban la calle cuando me veían con los tragos, y se dieron cuenta cuando empezó a gotear sangre del piso de arriba, al viejo Antuco le cayó una gota en la mano mientras cosía un pantalón, porque yo los descuartizaba, y después escondía las vísceras en un frasco, las piernas y brazos en un cajón, la cabeza en la tina y nunca he podido perdonarme haberle pegado el Sida, porque ella tenía un niño chico que era su adoración y no tenía a nadie más en la tierra, a nadie más y cuando ella muera, el pobre niño va a quedar solo y no sé qué hacer, no voy contarle, no voy a decir nada, porque acaso **¿No da lo mismo el infierno que el silencio?**

¿Qué culpa tienes tú de haber sido violado por tu padre? ¿Qué tanto? ¿Y a quién no le han dado? ¡A todos debieran darnos! ¿No somos la misma mierda? ¡Debieran matarlos a todos!, porque vivíamos en un campamento minero y yo estaba maldito: cuando chico me cayó una olla hirviendo, ahora tengo once años y el setenta por ciento del cuerpo quemado, me gusta matar gatos en el desierto y a veces siento tanta rabia que creo que cualquier día voy a matar a mi hermano porque a él lo quieren y a mí me tienen asco, por eso fue que asesinó a un amigo en Copenhague, estaban tan drogados que nunca supo qué había hecho en realidad y escapó, llegó a Valparaíso y ahora vende pasta y coca, así que fumamos con él y unos viejos culiaos de más de cuarenta años, él apenas sabe hablar español y yo sé que quiere morir, que lo único que quiere es morir, se le nota cuando habla, cuando mira, cuando fuma *así es que me acuerdo cuando pillamos a mi papá con su amigo, a mi papá, que era tan guatón, con su amigo, y parece que a él*

le habían hecho lo mismo que nos hacía a mí y a mi hermana, y ahora no son ni las once veinte y ya quiero ir a tocarla, no debería hacerlo más, pero está ahí, en su cama y la otra vez le pegué para que no llorara, tampoco pude aguantarme, ¿cuánto vale el pasaje? lo único que quiero es salir de aquí, Cristo, que sufrió por todos nosotros, quizás sea el único capaz de perdonarme por lo que hice: fue la angustia, yo estaba enviada, con el Pato no parábamos de fumar pasta, era lo único que queríamos hacer y robábamos y empeñamos todo, todo: la tele, la radio, la ropita de la guagua y estábamos flacos, grises, como descascarándonos y se nos murió, se me murió mi hijito, de hambre y debilidad, se me murió porque los metimos a todos a un granero y eran como borregos y nada más les faltaba balar porque apenas pusieron resistencia, a latigazos, a golpes y para qué andamos con cosas, sentíamos gusto de pegarles, de hacerles daño y verlos llorar y suplicar que porqué nos hacen esto, porqué nos hacen esto, hasta que le prendimos fuego al granero y los quemamos a todos, a todos y nosotros éramos pobres y yo siempre supe que no iba a soportar más las humillaciones

*de la miseria y trabajé duro para salir adelante, tuve que pasar por encima de todos y ayudamos a algunos y nos cagamos a otros, pero después tenían que querer robarme a mí, hacerme lesa a mí, que tanto los había ayudado, eso yo no lo iba a aguantar: los maté a todos en la reunión y después me di un tiro, porque en el fondo **¿no da lo mismo el silencio que el infierno?***

PEDRO ÁLVAREZ

Nace en Vicuña en 1984. Estudia en el Colegio Antonio Varas de esa ciudad y en el Colegio Andrés Bello de La Serena. El año 2002 ingresa a estudiar Antropología Cultural en la Universidad Austral de Valdivia, carrera que aún no termina. El año 2004 publica *Requiem para un pueblo sin nombre*. Actualmente asiste a talleres de guión y filmación documental en la Región de Los Lagos.

POÉTICA

Ante la petición del Sr. Lamm para que exponga algo así como mi poética, quiero volver a repetir lo que apareció en la nota introductoria del único libro de poesía que voy a escribir en mi vida: eso no es poesía, esos son gritos, gritos escritos ante el horrible espectáculo de miles de personas cuyas muertes nadie ha sabido o se ha atrevido a gritar antes. Todo un pueblo muerto, sin funerales, sin exequias, sin despedidas. Y nosotros como los imbéciles, aplaudiendo la aparición de sus cacharos, vendiéndolos a turistas, llenándonos la boca con nuestra total ignorancia. En Elqui, uno de los lugares donde más indígenas vivieron antes de la llegada de los españoles, ya nadie se sabe indígena, nadie sabe hablar su lengua, nadie sabe el nombre de sus dioses antes de que Cristo llegara a despellejarlos, a

condenarlos en nombres del sanguinario dios europeo. Su maravillosa alfarería, sus rituales funerarios nos dicen que eran un pueblo complejo y fino. Su afición a los alucinógenos nos avisa sobre su intensa vida espiritual. Sus extraños instrumentos musicales son los precarios rastros de su expresividad. Todo eso desapareció, pero nadie ha denunciado esta tragedia, a nadie le conmueve la situación. Cuando hice ese libro utilicé ingenuamente la armazón poética, no porque yo pensara ser un artista, sino pensando que el inmenso prestigio de ese tipo de expresión le daría cierta relevancia a mi discurso; pero no pasó nada, me equivoqué y siento que fracasé del todo. Ahora busco nuevos métodos, porque creo sinceramente que en este país y en este mundo, la poesía ya no es la voz de ninguna tribu. Tal vez hable por la herida, bueno, tal vez sí. Pero creo que la música popular, o la televisión, o quizás el cine se encuentran hoy mucho más facultados para llegar al corazón de la gente. La poesía es un cadáver que huele muy mal. Y si bien

hay algunos carroñeros que todavía se pelean por ese muerto, son una fascinerosa manga de amanerados buscando notoriedad, narcisismo y paja. Esa es mi poética.

Y bueno, sobre lo de Gabriela Mistral, yo creo que en realidad la señora esa se acercó al medio de expresión que encontró más a mano, más fácil de desarrollar, el que le podría dar mayor renombre. Yo respeto lo que hizo, pero ojalá hubiese hecho cine y le hubieran dado el Premio Nobel de Cine, igual para Pablo Neruda, porque así todos los payasos que hoy pierden tiempo haciendo poesía, estarían haciendo películas. Eso.

De ***Requiem para un pueblo sin nombre***

Ediciones Amipun, 2004.

Idioma muerto, canciones muertas

¿Cuál era el nombre de la gente que vivía en este lugar?

¿Cómo le llamaba el padre al hijo, el hijo al padre?

Y los ancianos ¿cómo le llamaban a la tierra?

¿Hablaban con ella? ¿Con el sol? ¿Con el río?

¿Qué veían cuando veían las estrellas?

¿Cómo le llamaban a la greda, a sus ánforas y vasijas?

Nadie lo sabe bien, nadie lo sabe
porque ni siquiera sus fantasmas alzan la voz.

El lugar está lleno de ánimas en pena
susurrando en un idioma muerto sus canciones
muertas

y yo no puedo hablar por su boca,

tal vez nadie pueda hablar por sus bocas muertas.

Ni mago, ni brujo, ni demonio

Yo no soy un mago, ni un brujo, ni un demonio,
tampoco un dios: yo soy un pobre bruto
que no sabe si los padres de sus padres
nacidos aquí, lo mismo que los padres de sus
padres,
habrían llevado en sus venas
la sangre de aquellos muertos
que hoy no tienen nombre.

Yo no soy un gran poeta, no soy un gran hombre,
soy un don nadie, uno más de aquellos
que no saben como llamaba la madre al niño,
cómo el niño llamaba al padre, y el padre al río y el
río al cielo.

Yo no puedo hablar por su boca muerta.

Yo soy de aquellos que los llaman «diaguitas»
porque así lo enseñan en los libros de colegio
¡PERO ESE NO ES SU NOMBRE
VERDADERO!
¡SU NOMBRE VERDADERO NO SE SABE!
¡NO SE SABE PORQUE MURIERON, LOS
MATARON!
Los mataron sin que nadie se preocupara por sus
nombres.

¿Quiénes son los culpables?

¿Quiénes son los culpables?
¿Quiénes?
Yo no lo sé bien.
Pero lo más seguro
es que hayan sido muchos de esos miserables
que hoy tienen estatuas y sus nombres en las
calles.

Y lo peor no es que nos hagamos los huevones

sino que simplemente
somos una montonera de huevones con nombres y
apellidos
que no sabemos nada de ellos
ni de nosotros mismos.

Bailes chinos

«Vamos a bailarle a las figuras ésas
quizás sean nuestros mismo dioses con otras
máscaras.»

«La mujer aquélla
con un ramo de hierba en su mano
es como la Madre Tierra.
El hombre aquél
rubio y con rayos que salen de su cabeza
es como el Taita Sol.
El niño chico ése
somos todos nosotros
sus hijos

indefensos, pícaros, inocentes.»

«¿Por qué no íbamos a bailarles
a tocar pitos y tambores
en medio del calor,
avanzado lento
tal como avanza el día,
bajando la cabeza,
buscando
y encontrando
las respuestas,
por hartó rato
haciéndoles homenaje?»

«Y no es que vayamos a agachar el moño
a nuestros verdugos
y no es que vayamos a bailarle
a sus sacerdotes
y no es que vayamos a tocar nuestra música
porque sus jefes lo exigen:
ellos son tan poca cosa

como nosotros frente a los dioses»

Qué bonito sería saber
que pensaron cosas como esas
pero qué triste es saber
que de verdad nadie tiene la menor idea
de qué crestas pensaron exactamente
cuando empezó la cosa

Más que los cacharros, la DROGA

Más que los cacharros, la DROGA
la droga que los hacía hablar con los dioses
conocerlos, tocarlos, olerlos
escucharlos, mirarlos

Esa misma droga
con la que veían los cacharros
incluso antes
de recoger el agua y la greda

La droga que los dejaba mirando
a los cuatro costados de la tierra
a las terrazas
al río
a las piedras
Pero sobre todo
al centro, a la comba del cielo
de la que cuelga cada uno de nosotros

Esa droga que hizo hablar al Gran Gato,
al Guanaco, al Pájaro, al Sapo

La droga que mostraba el camino
la droga que era ella misma el camino
pero nunca el final del camino

La droga que los hizo uno con la tierra
con el sol
con la luna
y las estrellas

La droga que les hizo saber
-antes que llegara su noche más oscura-
que el universo puede ser destruido
que los dioses pueden morir
que los jarros se quiebran y vuelven a la tierra

Que el mundo como lo conocemos
desde siempre
está destinado a desaparecer

Libertad / Igualdad / Fraternidad

Libertad, igualdad, fraternidad
A no si no
Los reyes ya han abusado mucho de todos
nosotros
¡Paremos este escándalo!
Pongámosle la firma
Ahora todos seremos iguales
aunque algunos más iguales que otros

Ahora todos seremos libres
aunque algunos más libres que otros
Ahora todos seremos hermanos
aunque algunos más hermanos que otros
No nos pongamos tan ilusos tampoco

Esos indios de mierda
apenas si saben hablar
¡mandémoslos a la escuela
para que hablen como corresponde!
Qué nadie hable esa faramalla
que claramente es cosa del diablo

Llamémoslos para hacer fuerzas juntos
para hacer una sola patria entre todos
Se va a llamar Chile, claro
somos más fuertes que ellos
y no tienen la menor idea de estas cosas

Vamos a ser una gran familia
ellos pusieron el terreno

nosotros la casa
Pero van a estar de allegados
un rato no más hasta que aprendan
como conseguir subsidio
y hacer realidad
el sueño de la casa propia

¡Que se peguen con una piedra en los dientes!

No digamos tampoco

No digamos tampoco
que eran unos santos
y los mejores de la tierra
Eran bellos, sí
Delicados, sí
Valientes, sí
Tan habilosos, por la cresta

Pero estaban lejos de ser perfectos

Humanos al fin y al cabo
No digamos que antes de que llegaran
primero los incas
y después los españoles
a aplastarlos como bichos
vivían en el paraíso

No digamos que de sus ríos brotaba leche
que vivían en una paz completa
que no tenían miedo
ni pasaban hambre de vez en cuando

No vivían en palacios de aire
alimentándose de nubes

Pueden haber sido injustos algunas veces
¿quién no lo ha sido? Que lance la primera piedra

Pueden haber sido violentos algunas veces
¿quién no ha tirado piedras?

Pero nada de eso da derecho
a quemarlos vivos
a hacerlos esclavos
a tratarlos al combo y la patada
hasta que desaparecieran
Somos huérfanos, sépanlo
no conocemos la mitad de nosotros mismos

Somos cojos, sépanlo
caminamos para un solo lado

Llevamos algo muerto dentro de nosotros
un cadáver que no conocemos
ni su nombre le sabemos
¡no sigamos haciéndonos los huevones!

EPÍLOGO.
LEONIDAS LAMM: EL ÚLTIMO HIJO
SUICIDA DE GABRIELA MISTRAL

Por Fernando Navarro Geisse

1. El profesor Leonidas Lamm se descerrajó un tiro aproximadamente a las 7 de la mañana del día 24 de marzo de 2009, cuando la primavera en el este de Europa recién comenzaba. No dejó nota, explicación ni carta de despedida. Este libro, terminado ya hace dos años, aún no encontraba los medios para publicarse y posiblemente nunca se publique. Yo escribo esto en homenaje a este hombre para quien nada parece haber resultado bien, una vida trunca,

en un mundo trunco, con un final trunco. También lo escribo pues sé que a él le hubiese gustado que yo agregase ciertas precisiones a sus palabras introductorias, y por que sé que a pesar de que casi todo el mérito es suyo, también sé que él estaba consciente de que el juego de las ficciones no se juega solo. Y como se habrán dado cuenta, si han leído las páginas iniciales de esta antología, el profesor consideraba este libro un ejercicio de ficción, a pesar de que la mayoría de los poetas recopilados tienen existencia real. Por lo demás, yo soy también uno de los hijos suicidas y tengo el honor de haber sido considerado por don Leonidas como digno de ser rescatadas de mis propios «deseos de autoexterminio».

2. Mientras lo ayudaba en la antología, establecimos un contacto que a pesar de mutuas reticencias iniciales, llegó a convertirse en una relación de amistad íntima y profunda. El profesor descargó toda su melancolía en interminables mails con los que nos comunicamos por más de dos años mientras la antología se encontraba en preparación. Confieso que al principio me sentía algo incómodo con sus confidencias, pero pronto acepté que su abundante epistolario electrónico obedecía a otra de sus frustraciones: su deseo de convertirse en un escritor.

3. Leonidas Lamm Arredondo nació en Vicuña el 15 de diciembre del año 1946, en el seno de una numerosa familia de campesinos elquinos. Su padre, Helmuth Lamm, descendiente de inmigrantes alemanes, abandonó al pequeño Leonidas cuando

éste tenía solo cinco años. «Lo único que conservé de él fueron algunos rasgos físicos: ojos verdes azulados, pelo rubio que se volvió pardo con el sol de Elqui, la nariz recta y pequeña, una boca algo leonina». El niño quedó así a cargo de su abuela materna, doña Dolores Pinto de Arredondo, pues su madre trabajaba en Santiago como una de las primeras asistentes sociales de la época. Su infancia fue entonces algo solitaria, pero feliz: «no tengo malos recuerdos de esa época de mi vida. Huertos inmensos, muchos primos, constantes paseos a caballo, guatazos en el río, caza de pájaros y lagartijas, historias de aparecidos, maldades, travesuras; todo a pie pelado.»

4. Su abuela fue una de las figuras más influyente dentro de su vida. Si bien poseía un aspecto frágil,

era dueña de un carácter duro e implacable que sólo mitigaba el enorme cariño que prodigaba a Leonidas, su nieto favorito. «Y mi abuela, mi abuela Lolo: tocaba el arpa y la guitarra, me hacía cazuelas y me arropaba en invierno, me enseñó a sembrar, a criar. Su voz dulce, su cara tierna, sus ojos alumbrados por una llama de indescifrable tristeza. No hubiera dudado ni un segundo en dar mi vida por ella. (...) Sin embargo, a lo campo campo, era también una bruta: me daba tremendas chancas si lo consideraba necesario (...) Una vez nos dio a mí y a mis primos una muestra imborrable de lo que era capaz de hacer: teníamos un perro de más o menos tres años al que había que vigilar constantemente pues comenzábamos una pequeña crianza de pavitos. Un día despertamos y nos dimos cuenta de que los había matado a todos, que serían unos catorce. Recuerdo muy bien la siguiente escena: era temprano en la

mañana, mi abuela se dio cuenta de lo sucedido y endureció el rostro. Llamó de un grito al perro «¡LOBO!» –que así se llamaba- y el pobre animal se acercó moviendo la cola, con sangre seca en el hocico y una pluma de pavo detrás de la oreja. No dijo nada más. En silencio tomó una cuerda, se la ató al cuello, lo arrastró debajo de un naranjo grande de nuestro huerto y lo ahorcó frente a nuestros ojos.» «En otra ocasión, cuando supo que yo me había inscrito en el partido Comunista, dejó de hablarme por tres meses. Aparte de los reproches iniciales, ni una sola palabra, ni un solo gesto (...) De ella adquirí un carácter terco y algo violento que a la larga me ha traído más problemas que nada, pero del cual no he podido desprenderme jamás».

5. Otra influencia importante para don Leonidas fue su tío Manuel Areyuna, fundador del Partido Obrero de Elqui, de connotaciones anarquistas. Pasaba largas tardes con él, escuchando encendidas peroratas en contra del orden establecido, de los gobernantes, de las autoridades, de los patrones, de la religión católica. Lo introdujo a la lectura de Bakunin y Malatesta. De una forma que el profesor nunca tuvo muy clara, su abuela se enteró de que estas sediciosas ideas estaban encontrando lugar en la mente del entonces joven Leonidas y tomó cartas en el asunto: «Mi abuela entró intempestivamente en la reparadora de calzado de mi tío Manuel y nos sorprendió mientras bebíamos un vaso de vino y teníamos nuestras acostumbradas conversaciones. Venía con un palo. Le pegó con fuerza a una mesa llena de zapatos viejos, me tomó del pelo y me levantó de donde estaba sentado. Después gritó e insultó a mi

tío. Lo amenazó diciéndole de todo. Después me volvió a agarrar de las mechas y me sacó de ahí, prohibiéndome juntarme con él más nunca. Yo no le perdoné en mucho tiempo lo que había hecho y nos pasamos un par de meses sin hablar. Por supuesto yo me resistí a obedecerla y seguí reuniéndome con mi tío, pero esta vez con más cuidado, a escondidas: mi primera experiencia con la clandestinidad».

6. A mediados de la década del 60 ingresa a estudiar Pedagogía en Castellano en la Universidad Técnica del Estado sede La Serena donde muy pronto comenzó a participar activamente en la vida política estudiantil. Postuló a diversos cargos directivos dentro de la Universidad, pero nunca fue elegido. «Creo que fue el inicio de una larga carrera de frustraciones, fracasos y pérdidas, frustraciones,

fracasos y pérdidas, frustraciones, fracasos y pérdidas que no se detienen hasta el día de hoy. Sin embargo, como dicen los mejicanos, no me achicopalo nunca, nunca doy todo por perdido y siempre pienso que estoy frente a lecciones a aprender. Sin embargo, creo haber guardado una extraña especie de resentimiento hacia mí mismo que me dura hasta el día de hoy. Es un sentimiento de humillación, de ofensa, en el cual yo soy al mismo tiempo el ofendido y el ofensor». Al verse involucrado en confusas circunstancias, que incluyen un atentado incendiario a las oficinas de tesorería de la universidad, es expulsado de la carrera cuando se encontraba a punto de finalizarla. «Pero nunca pudieron demostrar nada en mi contra, nada. En todo caso, respecto a mi responsabilidad en los hechos, yo no la niego ni la confirmo, sino todo lo contrario.»

7. Vuelve al Valle de Elqui y comienza a trabajar en labores campesinas junto a su familia. No obstante, muy pronto debe buscar el sustento en otra parte, a causa del rechazo que provocó su inscripción en el Partido Comunista Coquimbano. «En el Valle de Elqui no se había organizado nada, así es que tuve que ir al puerto para formalizar mis relaciones con el partido. Cuando se enteraron en mi familia, quedó la tendalada: mi abuela no me habló en meses, me agarré a combos con mis primos, me tiraron caballos encima, me condenaron a una especie de ostracismo familiar muy duro para mí, un ostracismo que todavía no termina y que todavía no perdono». Es la época del triunfo de la Unidad Popular en Chile y don Leonidas intensifica su participación en pos de la organización de los sectores campesinos cordilleranos del lugar.

«Pero me fue mal. Me encontré con muchos viejos brutos, apatronados, fachos hasta la muerte. Quise reunir a los arrieros de la zona en una organización popular. Es la idea más imbécil que he tenido. Casi me mataron a palos. Pero fue mala suerte. O tal vez simple y llana falta de inteligencia. Muchos de esos viejos ya se encontraban organizados en comunidades y tenían repartida la tierra sin conflictos ni ambiciones. Mi error fue politizar el asunto.»

8. El golpe de estado de 1973 lo sorprende en Santiago, donde había viajado para tramitar su nuevo ingreso a la Universidad. «La verdad es que eran puras intenciones no más. El caso es que el golpe me pilló ahí. Unos parientes de mi tío Manuel me habían recibido en su casa de la Bandera. No pasaron ni tres días cuando patearon la puerta y nos sacaron de

ahí a golpes.» Es llevado entonces al Estadio Nacional, donde fue torturado. Posteriormente sale al exilio. Su rencor y encono nunca pudo apaciguarse. «Me enteré que la niña de la que estaba enamorado se había terminado casando con un cabo segundo. Fue entonces cuando sentí que la cosa no tenía vuelta. Yo ya les tenía un odio parido, pero ésa fue la gota que rebalsó el vaso. Si bien es cierto que yo nunca le había declarado mis intenciones a ella, créeme que el golpe fue muy duro para mí, sentí que la humillación había llegado al punto máximo (...) al final esos milicos maricones me habían hecho mierda la vida: me habían quitado los dientes, me habían quitado mi mujer, me habían quitado mi futuro, me quitaron Chile para siempre. ¿Y quieren que los perdonen? Las huevas de perdón van a tener. Ni perdón ni olvido.»

9. En la Alemania Oriental, después de un largo e intenso periodo de aclimatación, ingresa a la Universidad de Viadrina en Frankfurt (Oder), donde termina trabajando en su instituto de estudios iberoamericanos. Su formación académica, sin embargo, siempre le produjo ciertas reticencias: «Yo, en lo más secreto de mi corazón, siempre quise ser escritor. No un Neruda o un Mistral, quizás un Teillier. Pero siento que la academia fue un obstáculo. Primero por el lenguaje. Había que ser endemoniadamente entreverado, a veces los artículos que leía parecían competencias de trabalenguas ¡Y en alemán algunos de ellos, imagínate! Y toda esa maldita rigurosidad para citar, parafrasear y mentir. Yo lo entiendo: el rigor de la investigación, los fundamentos teóricos, la discusión y el cuidarse las espaldas en medio de la competencia. Y está bien, todo eso es como es, pero yo nunca he podido

adaptarme del todo». Uno de sus mayores logros como académico fue la publicación de la revista *Komala* junto a otros profesores latinoamericanos. «La mayoría de nosotros éramos exiliados. Y el nombre, ¿qué te parece? Se lo di yo, pues me parece a mí que no somos sino un pueblo de muertos, de huérfanos, de abandonados. Amores trágicos, huachos llenos de rencor; el abuso de los privilegiados, la pena del pobre. Perdonen la tristeza, sé que no es para todos así; pero así sigue siendo para mí. Y echa una mirada no más a tu alrededor, muchacho y tal vez termines de acuerdo conmigo». Lamentablemente la revista sólo duró dos números, suficientes para Lamm. «Puede ser que sea una más de mis pérdidas, fracasos y frustraciones; puede ser... pero los comentarios enormemente positivos que recibí de mucha gente tan importante, tan

sensible y tan inteligente me siguen llenando de orgullo.».

10. El profesor nunca volvió a Chile, su profundo rencor se lo impidió. Recordaba su tierra con tristeza, sobre todo su «patria chica», el Valle de Elqui. Pero jamás quiso transar. «Siento que nada me queda por allá. Mi familia toda me dio la espalda, a excepción de mi abuela Lolo. Yo me la quería traer para acá, pero antes de que pudiera hacerlo, se me enfermó, se me murió. Y yo me enteré tan tarde que no pude hacer nada. Lo he pensado mucho: ir, dejar una flor en su tumba y volver. No ver a nadie, no saludar a nadie, no comer con nadie. Ir, dejar una flor en su tumba y volver. Nada más. Pero nunca me convenzo del todo.» A pesar de todo, explica que jamás se desligó de nuestro país: «Continúo estudiando a sus poetas y escritores, por mucho tiempo viví pendiente

de los acontecimientos políticos, sentía una inmensa alegría cuando me enteraba de noticias de la menor trascendencia, como los resultados del fútbol. Ahora con internet me da la impresión de que vivo más en Chile que en Alemania. Pero bueno, ya te lo imaginas, esa es una tremenda exageración: la sola conciencia de llevar esta vida doble y de saber que posiblemente nunca vuelva a pisar mi tierra me llena de una angustia turbia con la que aprendí a vivir hace mucho tiempo.»

11. A los 65 años dijo sentirse en el apogeo de su existencia. Una fuerte oleada de entusiasmo por la vida y la lucha social se apodera de él. Siente deseos de sacar otro número de *Komala*, de publicar su antología de poetas jóvenes del valle de Elqui, de adherirse al ambientalismo, de dejar de lado su

amargura, tal vez, quién sabe, viajar a Chile y poner algunas cosas en orden ¿La causa de todo? Posiblemente el amor: cae a los pies de Greta Wolff, una joven 30 años menor que él, estudiante de post grado en el Ibero-Amerikanisches Institut.

12. A las puertas de concretar varios de sus proyectos -incluida la petición en matrimonio a Greta- la pérdida, el fracaso y la frustración, vuelven para golpear su vida. El profesor Lamm comenzó a sufrir los síntomas de un precoz y violento alzáimer que disminuyó progresivamente sus facultades mentales. Olvidaba cosas, nombres, personas. Y los lapsos de lucidez se volvieron cada vez más breves. Fue durante uno de ellos cuando me escribió su último mail: «Olvidé dónde había estacionado mi auto, no pude darle mi nuevo número de teléfono a Greta. A las tres semanas de estos y otros episodios, sentí la

irremediable necesidad de terminar con ella sin contarle nada, cosa que hice sin ningún tipo de remordimiento. Pero luego también olvidé eso y un día llegué a su casa con un ramo de flores y una caja de chocolates. Allí la sorprendí con uno de sus ex novios, un joven tenista del circuito profesional. Tuvimos una discusión, entonces ella me recordó lo que había olvidado: yo había terminado con ella un jueves lluvioso. Ojalá pudiera olvidar todo eso. De hecho sé que más temprano que tarde lo olvidaré del todo. (...) Durante estos preciosos momentos de lucidez, lamentablemente sé que mi vida ha sido una mierda. Sé que la vida de algunos no es una mierda. La vida en su totalidad no es una mierda. Pero la mía sí lo ha sido. Nada me ha resultado bien, nada. Y lo poco bueno que podría atesorar como recuerdos valiosos se me olvida, es lo primero que

se me olvida. Todo se diluye en la niebla. Cuando recobro la conciencia y puedo incluso recordar que he pasado tiempo en estados de aturdimiento o pre infancia sin recordar mi propio nombre, me doy cuenta de que incluso así vivo en medio de una sensación de desagrado por todo, una sensación de pérdida, de fracaso, de frustración; pérdida, fracaso, frustración; pérdida, fracaso, frustración»

13. Uno de los últimos deseos del profesor Leonidas era que la antología se publicara sin alteraciones. Sin embargo, poco antes de morir me autorizó a escribir un epílogo para dar cuenta de mi propio trabajo y – creo- para que contara lo que acabo de contar. «La poesía la hacemos entre todos» solía decir parafraseando a no sé quién. Me encuentro ahora entonces en la posibilidad de hacer una serie de precisiones y rectificaciones, que posiblemente

molesten a algunos y me dejen en una triste posición a mí mismo, pero que considero totalmente necesarias.

14. Antes de que el profesor entrara en la etapa más invalidante de su enfermedad, discutimos la posibilidad de incluir en la antología a un joven poeta elquino llamado Julio Miralles, quien murió el año 2008 en Iquique, presumiblemente de sida. Yo hice la sugerencia, pues conocí personalmente a Julio y si bien no renegó nunca de su calidad de poeta –lo que lo hubiese clasificado como suicida de acuerdo a todas las flexibilidades mostradas por el profesor frente a su tarea taxonómica- sí realizó una serie de declaraciones que en mi opinión permitían su inclusión en el conjunto. Miralles declaró siempre que deseaba morir antes de los cuarenta años. Su

muerte entonces no me ha parecido nunca fortuita. De hecho, es totalmente coherente con una vida consagrada desde muy temprano a la poesía. Sus razones por lo demás eran estéticas; para él, después de esa edad solo venía la decadencia de la belleza intelectual, física y moral dentro de una vida humana. Su obra es consistente y valiosa, y sin duda hubiese ampliado la visión que Leonidas Lamm quería para su libro. Las discusiones, revisiones e investigaciones duraron más del tiempo que creíamos poseer y frustraron esa posibilidad. No quiero dejar pasar, no obstante, la oportunidad de dejar consignado que su inclusión en esta recopilación estuvo dentro de nuestras expectativas. En todo caso para obtener más información y encontrar textos de este valioso poeta se puede recurrir a la página web www.juliomiralles.cl.

15. Don Leonidas Lamm declara en el prólogo que esta antología es en alto grado un ejercicio de ficción, dado el carácter maleable de los datos y ejercicios taxonómicos aplicados en ella. Pues bien, lamentablemente es un ejercicio ficticio en un grado mayor al que el mismo profesor lo creyó en vida. Y esto que voy a contar me parece ahora doloroso y retorcido, que conste. Pues bien, ahí va: uno de los autores recopilados es en realidad una entelequia creada por mí y por Pedro Álvarez. Alfonso Pinto, supuestamente único poeta de esta antología que realmente se habría suicidado, es en realidad un personaje que inventamos a partir de textos elaborados por Álvarez, siguiendo sus ejercicios de experimentación poética en base a crónicas rojas. Su biografía y la carta de suicidio son de mi autoría. Partió como un juego que hicimos al profesor en la primera etapa de su investigación. Posteriormente,

cuando el análisis de los textos de Alfonso Pinto quedaron dentro del artículo del profesor que apareció en *Komala*, nos pareció que realizábamos un sueño de muchos escritores: fundir ficción y realidad, vida y poesía de forma potente, indistinguible. Pronto comenzamos a tener sentimientos de culpa y vergüenza que nos atormentaban. En algún momento y siguiendo el hilo de ciertas conversaciones electrónicas que sostuvimos con el profesor, en las que reflexionaba sobre el concepto de ficción, estuve tentado a contarle nuestro pecado. Llegué a pensar que, dada su manifiesta fascinación por libros como «El caballo de Troya» y «Las enseñanzas de don Juan» provocaban en él, quizás se hubiese tomado la cosa de buen modo. Sobre libros como estos comentaba: «Me parecen fantásticos, más que nada por la extraña

calidad de híbridos ficción-realidad que poseen, por los complejos efectos de recepción que provocan en distintos tipos de públicos lectores, por la extraña comprensión de la realidad, el sueño, la vigilia, la fantasía que proponen implícitamente». Sin embargo, jamás me atreví a contarle todo. Eso tomando en cuenta lo que él mismo decía de su carácter y del enorme aprecio y valor que terminé tomando a su amistad.

16. De todo corazón espero que después de lo que acabo de declarar, don Leonidas no pase por tonto. Prefiero quedar yo como un imbécil, un cobarde, un mal amigo. Sin haberlo visto nunca personalmente, puedo decir con la mayor de las convicciones que es una de las personas más inteligentes y bondadosas que he tenido la oportunidad de conocer. Y es por eso que espero que esta antología no pase a ser una más de las pérdidas, frustraciones y fracasos del

profesor. Descanse en paz, profesor. Descanse en paz, profesor. Descanse en paz, profesor.

17. A la larga, Leonidas Lamm Arredondo es el único suicida real de todos los supuestos hijos de Gabriela Mistral recopilados en este conjunto.

ÍNDICE

Prólogo	5
Notas	31
Bibliografía	37
Juan Miguel Godoy	41
Fernando Navarro Geisse	61
Alfonso Pinto	79
Pedro Álvarez	93
Epílogo	111

EDICIONES

Colofón

Esta antología se realizó en la ciudad
de Valparaíso en agosto del año 2010.

Fue cosida a mano en el Taller Inubicalista
de Cerro Alegre, Valparaíso. Para su composición
se utilizó la tipografía Adobe GaramondPro.Interior de
Papel Bond.

INUBICALISTAS